

Allan Antliff



**ANARQUÍA, PODER,  
POSTESTRUCTURALISMO**

En 1994, Todd May inició un nuevo giro en la teoría contemporánea: el anarquismo postestructuralista, también conocido como postanarquismo o anarquismo posmoderno.

Dicha corriente política, iniciada desde la Academia pretendía renovar el anarquismo con la adición de las teorías de los filósofos franceses posestructuralistas, en concreto Jean-François Lyotard, Jean Baudrillard, Jacques Derrida, Michel Foucault, Giles Deleuze, Felix Guattari, Julia Kristeva y la obra posterior de Roland Barthes.

Dicha aportación teórica, suscitó un cierto debate dentro de las ideas anarquistas.

En este caso, Allan Antliff, también desde la Academia entra en pleno debate, poniendo de manifiesto las que a su modo de ver son las debilidades de la nueva versión del antiautoritarismo, que a día de hoy, puede considerarse una tendencia más dentro de los anarquismos (eso sí, la más académica)

Allan Antliff

**ANARQUÍA, PODER, POSTESTRUCTURALISMO**

# Anarchy, Power, and Poststructuralism

Allan Antliff

19 de octubre de 2010

libcom.org

<https://www.federacionanarquista.net/anarquia-poder-y-postestructuralismo-2010-allan-antliff/>

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

## Anarquía, poder, postestructuralismo

«Finalmente llegó Stirner, el profeta del anarquismo contemporáneo».

Frederick Engels,  
*Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*  
(1886).

En 1994, Todd May inició un nuevo giro en la teoría contemporánea: el anarquismo postestructuralista, comúnmente abreviado como «postanarquismo». El estudio seminal de May, *The Political Philosophy of Poststructuralist Anarchism* (La filosofía política del anarquismo postestructuralista), llama la atención sobre el modo en que la filosofía política del anarquismo se hace eco de las preocupaciones del pensamiento postestructuralista,

especialmente en su crítica de la opresión. Según May, los marxistas no abordaron las relaciones jerárquicas que sustentan este estado de cosas, sino que abogaron por la toma de las riendas del poder por parte de un proletariado ignorante que subordinaría la sociedad a su voluntad mediante la reestructuración de las relaciones económicas a imagen del socialismo (49)<sup>1</sup>.

Históricamente, los anarquistas se opusieron a esto, porque desconfiaban de cualquier formación social, por bienintencionada que fuera, que ejerciera el poder sobre los demás. El anarquismo cuestionó las relaciones de dominación con el objetivo de destruir todas las formas representacionales de poder, precisamente porque estas políticas siempre están alejadas de los representados (May, 50).

Sin embargo, como corolario de sus elogios a este ataque a fondo contra la dominación en todas sus formas, May

---

1 Resumiendo este argumento, May cita a David Wieck, «The Negativity of Anarchism» (1975) en *Reinventing Anarchy*, ed. Howard Ehrlich, Carol Ehrlich, David DeLeon, and Glenda Morris (London: Routledge & Kegan Paul, 1977), 41: «Básica para el marxismo es la visión de que el poder económico es la clave para una liberación de la que el poder de un partido, el poder del gobierno, y el poder de una clase específica son (o van a ser) instrumentos. El anarquismo se basa en el punto de vista opuesto de que la abolición de la dominación y la tiranía depende de su negación, en el pensamiento y cuando sea posible. acción, en todas las formas y a cada paso, de ahora en adelante, progresivamente, por cada individuo y grupo, tanto en los movimientos de liberación como en otros lugares, sin importar el estado de conciencia de clases sociales enteras.

argumentó que el anarquismo (teóricamente) no estaba a la altura de la tarea de realizar su potencial político. Refiriéndose a las figuras «clásicas» del ala europea del movimiento del siglo XIX, May sugirió que los anarquistas aún no habían llegado a un acuerdo con el poder como base positiva para la acción. El proyecto anarquista, argumentó, se basa en una noción «humanista» falaz de que «la esencia humana es una esencia buena, que las relaciones de poder suprimen y niegan». Esta noción empobrecida del poder como algo siempre opresivo, nunca productivo, era el talón de Aquiles de la filosofía política anarquista (ibid., 62). De ahí la llamada de May a un nuevo y mejorado «anarquismo postestructuralista». El anarquista postestructuralista no rehuiría el poder: se despojaría de la cáscara del humanismo para ejercer mejor el poder «tácticamente» dentro de una práctica ética guiada por la teoría universalista de la acción comunicativa de Habermas (ibid., 146).

Mi propósito no es promover el posicionamiento de May del anarquismo postestructuralista, sino que estoy interesado en analizar la afirmación de éste de que el anarquismo «clásico» –y por extensión, el anarquismo contemporáneo– basa su política en una concepción errónea del poder y de su relación con la sociedad. Pero, sin duda, si uno afirma estar revisando fundamentalmente una tradición política, entonces tiene la obligación de familiarizarse con los fundamentos teóricos de esa tradición.

Este es mi modesto objetivo: proporcionar una breve meditación sobre el anarquismo «clásico» y el poder.

Comencemos con el resumen final de los principios anarquistas de Emma Goldman (1869–1940), alrededor de 1900, de su ensayo «Anarchism: What it Really Stands For» (Anarquismo, lo que realmente representa):

El anarquismo defiende un orden social basado en la libre agrupación de los individuos con el fin de producir una verdadera riqueza social, un orden que garantice a cada ser humano el libre acceso a la tierra y el pleno disfrute de las necesidades de la vida, de acuerdo con los deseos, gustos e inclinaciones individuales»(62).

La declaración de Goldman confirma sin duda el punto de vista de May sobre cómo el anarquismo amplía el campo político (May, 50). Goldman critica la religión por oprimirnos psicológicamente, la economía capitalista por poner en peligro nuestro bienestar corporal y el gobierno por cerrar nuestras libertades. También afirma que el propósito del anarquismo es liberar a la humanidad de estas tiranías. Dicho esto, uno busca en vano cualquier sugerencia de que los individuos liberados de Goldman sean, como May querría, a priori buenos. Más bien postula una política situada en la que la individualidad se diferencia infinitamente, según los «deseos, gustos e inclinaciones» de cada sujeto.

Goldman contó con el comunista–anarquista Peter Kropotkin (1842–1921) entre sus influencias más importantes, por lo que es apropiado que recurramos a él para obtener más información sobre el sujeto «Anarquismo: Su filosofía e ideal» (Kropotkin, 143), Kropotkin escribió que el anarquismo era sinónimo de «variedad, conflicto». En una sociedad anarquista, el comportamiento «antisocial» surgiría inevitablemente, como ocurre en la actualidad; la diferencia es que este comportamiento, si se juzga censurable, se trataría de acuerdo con los principios anarquistas, como argumentó en su «Moral anarquista» de 1891 (Kropotkin, 106, 113)<sup>2</sup>. Esta moral implicaba el cuestionamiento incesante de las normas sociales existentes, reconociendo que la moral es una construcción social y que no hay absolutos que guíen el comportamiento ético. Citando al «inconscientemente anarquista» Jean–Marie Guyau (1824–1882), Kropotkin caracterizaba la moral anarquista como «una superabundancia de vida, que exige ser ejercida, para darse a sí misma... la conciencia del poder» (ibíd., 108): «Sé fuerte. Desborda de energía emocional e intelectual, y difundirás tu inteligencia, tu amor,

---

2 Véase, por ejemplo, Lewis Call, *Postmodern Anarchism* (Lanham, Maryland: Lexington Books, 2002), 15–24 y Saul Newman, «Anarchism and the Politics of Resentment» *I am not a Man, I am Dynamite!: Nietzsche and the Anarchist Tradition* ed. John Moore with Spencer Sunshine (Nueva York: Autonomedia, 2005), 107–126. Para una variación más extendida del mismo argumento, véase Saul Newman, *From Bakunin to Lacan: Anti–Authoritarianism and the Dislocation of Power* (Lanham, Maryland: Lexington Books, 2001).

tu energía de acción entre los demás: a esto se reduce toda enseñanza moral» (ibíd., 109), Kropotkin cita un pasaje de *Esquisse d'une morale sans obligation, ni sanction* (Esbozo de una moral sin sanción ni obligación, 1884) de Guyau, libro que también influyó en el concepto de «superhombre» de Nietzsche y en la idea relacionada de ir «más allá del bien y del mal», una confluencia interesante, por no decir más, dada la deuda del postestructuralismo con el filósofo alemán<sup>3</sup>. Más concretamente, el sujeto de Kropotkin, que ejerce el poder moldeando sus propios valores de acuerdo con una «superabundancia» de vida, es antitético a la afirmación de May sobre el anarquismo «clásico»: «Kropotkin, contra May, incorpora el poder en el sujeto y configura el desencadenamiento de ese poder sobre la moralidad como el marcador de la liberación social, prediciendo que generará tanto un comportamiento «antisocial» (fomentando el debate) como «social» (socialmente aceptado) en el proceso.

De hecho, vale la pena subrayar que el poder del sujeto anarquista, situado socialmente, no es reactivo; es

---

3 Hans Erich Lampl, *Zweistimmigkeit–Einstimmigkeit: Friedrich Nietzsche und Jean–Marie Guyau (Esquisse d'une morale sans obligation, ni sanction)*. (Cuxhaven: Junghans–Verlag, 1990), *passim*. Para más documentación sobre la propiedad y el interés de Nietzsche en este libro, véase [muse.jhu.edu/journal\\_of\\_the\\_history\\_of\\_ideas/v058/58.4brobjer\\_append01.html](http://muse.jhu.edu/journal_of_the_history_of_ideas/v058/58.4brobjer_append01.html). Consultado el 10/01/2006. Sobre Nietzsche y el postestructuralismo, véase Alan D. Schrift, *Nietzsche's French Legacy: A Genealogy of Poststructuralism* (Londres: Routledge, 1995), *passim*.

generativo. Kropotkin quiere que el poder se «desborde»; tiene que hacerlo si se quiere realizar un orden social libre. Encontramos la misma perspectiva articulada por Michael Bakunin (1846–1881), el anarquista que más famosamente declaró que «el impulso destructivo es también un impulso creativo» en sus reflexiones sobre la libertad y la igualdad:

Sólo soy libre cuando todos los seres humanos que me rodean –hombres y mujeres por igual– son igualmente libres. La libertad de los demás, lejos de limitar o negar mi libertad, es por el contrario su condición necesaria y su confirmación. Llego a ser libre en el verdadero sentido sólo en virtud de la libertad de los demás, hasta el punto de que cuanto mayor es el número de personas libres que me rodean, cuanto más profunda, mayor y más extensa es su libertad, más profunda y más grande se vuelve mi libertad.

Bakunin teoriza sobre la necesidad de socializar la propiedad en nombre de la libertad individual. Rechazando tanto el socialismo estatalista como el capitalismo, declara: «Estamos convencidos de que la libertad sin socialismo es privilegio e injusticia, y que el socialismo sin libertad es esclavitud y brutalidad» (ibíd., 269). Kropotkin defendía igualmente la necesidad de socializar la propiedad, mientras que Pierre Joseph Proudhon (1809–1864), defendía la institución de la propiedad privada a pequeña escala con la

condición de que nunca se convirtiera en un instrumento de dominación<sup>4</sup>.

Una vez más, la teoría mitiga las caracterizaciones de los anarquistas postestructuralistas. En «Anarchism and the Politics of Resentment» (El anarquismo y la política del resentimiento), Saul Newman afirma que el anarquismo «clásico» asume que «la sociedad y nuestras acciones cotidianas, aunque oprimidas por el poder, están ontológicamente separadas de él» (120). Pero si el poder está separado de la sociedad, ¿por qué se ha teorizado tanto sobre las condiciones sociales a través de las cuales puede realizarse el poder libertario? Los anarquistas postestructuralistas aún no han reconocido, y mucho menos abordado, esta cuestión.

¿Cómo se explica el punto ciego «clásico» en su campo de visión? Yo conjeturaría que se debe a una genealogía particular: como cuenta Jonathan Purkis, en los años sesenta, los teóricos clave del postestructuralismo surgieron del ala radical de un movimiento estructuralista dominado por el marxismo y reaccionaron ante él. Tras adoptar la crítica estructuralista del sujeto de la Ilustración como unitario y absoluto, rechazaron la jerarquía marxista de fuerzas sociales que determinaba, en última instancia, la

---

4 Sobre Kropotkin y Proudhon, véase Antliff, 3–5.

formación del sujeto (Purkis, 50)<sup>5</sup>. Buscando desarrollar una noción más dinámica del sujeto descentrado, al tiempo que profundizaban en su crítica del autoritarismo en todos sus aspectos, los postestructuralistas recurrieron, en primer lugar, a Nietzsche como alternativa a Marx (véase Purkis, 51–52). El anarquismo, al parecer, nunca apareció en su horizonte político. Tal vez esto pueda atribuirse a una persistente interpretación errónea del sujeto anarquista como una variante más del individuo humanista, autónomo de las fuerzas sociales, que el estructuralismo atacaba<sup>6</sup>. Al fin y al cabo, ésta fue la acusación que Marx y Engels lanzaron en sus polémicas contra los anarquistas de su época, especialmente Bakunin y Max Stirner (1806–1856)<sup>7</sup>. Resulta irónico, por tanto, que los anarquistas postestructuralistas hagan la misma afirmación más de 150 años después.

Sea como fuere, el anarquismo «clásico» ofrece algunas vías prometedoras para la exploración, como revela un

---

5 Purkis se refiere a Jean–François Lyotard, Jean Baudrillard, Jacques Derrida, Michel Foucault, Giles Deleuze, Felix Guattari, Julia Kristeva y la obra posterior de Roland Barthes.

6 Sobre el sujeto antihumanista y el postestructuralismo, véase Callinicos, 62–91.

7 La teoría anarquista del individuo se critica extensamente en el capítulo tercero de la polémica de Karl Marx y Federico Engels, *La ideología alemana*, escrita entre 1845–1846 y publicada póstumamente. Véase Karl Marx y Federico Engels, «Saint Max», *Obras Completas: Vo1. 5* (Nueva York: International Publishers, 1976), 117–452.

breve examen de la teoría y la práctica anarquista en Moscú durante la Revolución Rusa (1917–1921). Desde su fundación en 1917 hasta su desaparición, el centro de la actividad anarquista en la capital rusa fue la Federación de Grupos Anarquistas de Moscú, fundada en marzo de 1917 tras la abdicación del zar ruso y disuelta en 1919 debido a los repetidos ataques (redadas, arrestos, etc.) del gobierno comunista de Lenin<sup>8</sup>. Durante su corta existencia, el secretario de la Federación, Lev Chernyi, fue el principal teórico de la organización. Chernyi expuso un anarquismo «asociacionista» basado en el manifiesto antiestatista de Max Stirner, *El único y su propiedad* (1848), y este tipo de anarquismo también se debatió en el periódico de la Federación, *Anarkhiia*<sup>9</sup>. Su propiedad merece una lectura atenta.

La tesis de Stirner es que la liberación anarquista sólo podría lograrse si se pusiera fin a todos los conceptos

---

8 Sobre la fundación de la Federación, véase Avrich, *Los anarquistas rusos*, 179. Los comunistas fueron implacables en sus ataques contra los anarquistas. Avrich escribe que el ciclo de detenciones, ejecuciones y encarcelamientos de anarquistas se intensificó en 1919, y que en 1920 la «red de arrastre había barrido todo el país», aplastando efectivamente al movimiento anarquista, *The Anarchists in the Russian Revolution* (Ithaca: Cornell University Paperbacks, 1973), 138. Avrich, *Los anarquistas rusos*, 177.

9 El libro de Chernyi sobre el «anarquismo asociativo» incluye dos capítulos sobre el egoísmo y el colectivismo anarquistas; Lev Chernyi, *Novoe Napravlenie Anarkhizme: Asosiatsionnii Anarkhizm* (Moscú: 1907; 2ª ed., Nueva York, 1923).

metafísicos y normas sociales habituales y cada individuo único se volviera egoísta, es decir, autodeterminado y creador de valor. El antiestatismo, argumentaba Stirner, era una faceta ineludible del egoísmo porque cuando el individuo lograba la «autorrealización del valor a partir de sí mismo» inevitablemente llegaba a una «autoconciencia contra el Estado» y sus opresivas leyes y regulaciones (361). La criminalización de los proscritos de la sociedad fue la respuesta del Estado a quienes afirmaban sus deseos por encima de la sanción de la moral, la ley y las formas autoritarias de poder (314–19). Toda formación estatal –monárquica, democrática, socialista o comunista– exigía la sumisión a principios abstractos en un intento de ejercer poder sobre el sujeto. Stirner escribió:

La libertad política significa que la polis, el Estado, es libre; la libertad de religión [significa] que la religión es libre, como la libertad de conciencia significa que la conciencia es libre; no, por tanto, que yo sea libre del Estado, de la religión, de la conciencia, o que me libre de ellos; no significa mi libertad, sino la libertad de un poder que me gobierna y me subyuga; significa que cada uno de mis déspotas, como el Estado, la religión, la conciencia, es libre. (139)

Stirner propuso que el orden social anarquista se basaría en asociaciones voluntarias («uniones») de «egoístas» que actuarían cooperativamente (414–15). Su sede, «La Casa de la Anarquía», era el antiguo Club Cívico de Comerciantes,

«confiscado» y comunalizado en marzo de 1917, desde donde se expandió espontáneamente a medida que los anarquistas se organizaban en clubes, se unían a la Federación y empezaban a contribuir al bienestar colectivo. Para fomentar la ayuda mutua dentro de la Federación, los destacamentos de «Guardias Negros» continuaron llevando a cabo expropiaciones –sobre todo ocupaciones de edificios– hasta la primavera de 1918 (Avrich, *Los anarquistas rusos*, 179–80;184–85). En abril de 1918, estas actividades servirían de excusa al gobierno comunista de Lenin para llevar a cabo una serie de redadas policiales contra la Federación. El objetivo oficial era arrestar y acusar a las «bandas de ladrones» de las filas anarquistas –una afirmación del poder del Estado comunista sobre la acción directa anarquista–, pero las autoridades rápidamente ampliaron el alcance de la ilegalidad, anunciando que «grupos contrarrevolucionarios enteros» se habían unido a la Federación con el objetivo de «alguna acción encubierta contra el poder [gubernamental] soviético» (Antliff, 200). Siguiendo esta lógica, aplastar la estructura organizativa de los oponentes más decididos del Estado «casualmente» iba de la mano de la aplicación de la ley. Desde el punto de vista anarquista, por supuesto, las redadas equivalían a «ejecutar» la libertad, parafraseando a los editores del anarquista *Burevestnik* (ibid.) Ciertamente, subrayaban el marcado contraste entre el ejercicio anarquista del poder social y el poder estatal en su vertiente marxista. Tras el ataque en Moscú y redadas similares en San Petersburgo, la

legalidad de la actividad anarquista quedó sujeta a los caprichos de la policía estatal y la Cheka. La criminalización puso fin de hecho al anarquismo como movimiento en la superficie dentro de los territorios controlados por el Partido Comunista, y el último caso de resistencia de inspiración libertaria en marzo de 1921 –una contestación de obreros, soldados y marineros en la fortaleza isleña de Kronstadt– estaba destinado a ser sofocado en «una orgía de derramamiento de sangre»<sup>10</sup>.

*El único y su propiedad* señaló al proletariado –los individuos «inestables, inquietos, cambiantes» que no deben nada al Estado ni al capitalismo– como el único segmento de la sociedad capaz de solidarizarse con aquellos «vagabundos intelectuales» que se acercaban a la condición del egoísmo anarquista (Stirner, 148–49). La liberación del proletariado no radicaba en su conciencia de clase, como pretendía Marx, sino en que los trabajadores adoptaran la actitud egoísta del «vagabundo» y se desprendieran de las convenciones sociales y morales que los ataban a un orden de explotación. Si el trabajo se vuelve libre», concluye Stirner, «el Estado está perdido» (152).

Esta orientación de clase se reflejaba en la composición de los clubes y comunas de la Federación, la mayoría de los

---

10 El levantamiento duró 18 días y fue sofocado con un coste aproximado de 10.000 muertos, heridos o desaparecidos en el bando soviético. No existe una estimación fiable de las muertes de Kronstadt, pero fue considerable. Véase Paul Avrich, *Kronstadt 1921* (Nueva York: Norton, 1974), 211.

cuales estaban situados en los distritos obreros de Moscú (Avrich, 1967, 180). De hecho, la conceptualización de la Federación sobre la individualidad libre estaba en deuda con la teoría de clase de Stirner (una cuestión que se deja de lado en gran parte del pensamiento postestructuralista) (Callinicos, 121–162). Entre los anarquistas de Moscú, A. L. y V. L. Gordin se distinguieron en este sentido. Los Gordin eran archimaterialistas que sostenían que la religión y la ciencia eran creaciones sociales, no verdades eternas. *Manifiesto Pananarkhistov* (Manifiesto Pananarquista), una colección publicada en 1918, se abría con la siguiente declaración:

La ley del cielo y la ley de la naturaleza –ángeles, espíritus, demonios, moléculas, átomos, éter, las leyes del Dios–cielo y las leyes de la naturaleza, las fuerzas, la influencia de un cuerpo sobre otro– todo esto es inventado, formado, creado por la sociedad. (Gordinii 5–7, citado en Avrich, 1967, 177–78)

Stirner sostenía que el pensamiento metafísico que sustentaba la religión y las nociones de verdad absoluta que estructuraban un amplio abanico de teorías sentaban las bases para la creación de la sociedad. El egoísta, contraatacaba, no reconocía reinos metafísicos ni verdades absolutas separadas de la experiencia; el «conocimiento», por tanto, era siempre cambiante y variaba de individuo a individuo (Stirner, 421). Los Gordin estaban de acuerdo, argumentando que la «inventiva» individualista de la clase obrera contrastaba fuertemente con el «razonamiento

abstracto» de la burguesía y su «deshumanización criminal» del individuo (Gordinii 28, citado en Avrich, 1967, 178)<sup>11</sup>.

Stirner también estableció distinciones entre insurrección y revolución, razonando que mientras que las revoluciones simplemente cambiaban quién estaba en el poder, la insurrección señalaba el rechazo a ser subyugado y la determinación de afirmar el egoísmo sobre el poder abstracto repetidamente, como un estado anárquico del ser. «El insurgente», escribió Stirner, «se esfuerza por carecer de constitución», una formulación que el programa de la Federación de Moscú puso en práctica (ibíd.). El autogobierno autónomo, la federación voluntaria, la extensión horizontal del poder: éstas eran las características de su insurgencia.

Sin embargo, los comunistas, amantes del Estado, se sintieron obligados a acabar con él. Se veían a sí mismos como los disciplinarios de vanguardia del proletariado, construyendo el socialismo al moldear a las masas bajo la égida de la dictadura del Estado, como dijo Lenin durante el asalto a Kronstadt:

El marxismo enseña... que sólo el partido político de la clase obrera, es decir, el Partido Comunista, es capaz de unir, formar y organizar una vanguardia del proletariado

---

11 Stirner sostenía que los privilegiados segmentos «cultos» de la sociedad se distinguían de los oprimidos «incultos» sobre la base de un supuesto conocimiento superior (94-95).

y de toda la masa del pueblo trabajador... y de dirigir todas las actividades unidas de todo el proletariado, es decir, de dirigirlo políticamente y, a través de él, a toda la masa del pueblo trabajador» (Lenin 1921, 327).

Siempre vigilante, «la dictadura del proletariado» se estableció para combatir las «inevitables vacilaciones pequeñoburguesas de esta masa» hacia el anarquismo durante la convulsión revolucionaria inicial y para crear una sociedad socialista tras ella (ibíd., 326–27). El «trabajo práctico de construir nuevas formas de economía» requería un Estado, razonaba Lenin (328), porque siempre y dondequiera que la «anarquía pequeñoburguesa» levantara la cabeza, el «gobierno de hierro revolucionariamente audaz, rápido y despiadado» tenía que reprimirla (Lenin 1918, 291). Y la reprimió.

Complementando el poder del insurreccionalismo social, el egoísmo stirnerista también exigía nuestro empoderamiento psicológico mediante el cultivo de una conciencia crítica que, metafóricamente, devoraría la opresión. En *El único y su propiedad*, Stirner consideraba que la creencia en un ego trascendente e inmutable era una forma alienante de autoopresión. El «egoísmo» libertario, escribió Stirner, «no es que el ego lo sea todo, sino que el ego lo destruye todo. Al igual que el anarquista moralista de Kropotkin, la «sensualidad libre y rebelde» del egoísta liberado rebosaba de ideas —«no soy un mero pensamiento, sino que al mismo tiempo estoy lleno de pensamientos»—,

una fecunda multiplicidad que desafiaba los absolutos (453). Stirner caracterizó la interiorización de la psicología autoritaria como un modo de olvido de sí mismo, un deseo de escapar de lo corpóreo que encontró su máxima expresión en los delirios de inmortalidad de otro mundo prescritos por el cristianismo (451–53). El yo liberado, por otra parte, nunca se subordinaría a una verdad abstracta porque era consciente de su finitud y obtenía poder de este conocimiento,

El ‘pensamiento absoluto’ es aquel pensamiento que olvida que es mi pensamiento, que yo pienso, y que sólo existe a través de mí. Pero yo, como yo, me trago de nuevo lo que es mío, soy su dueño; es sólo mi opinión, que puedo en cualquier momento cambiar, es decir; aniquilar, llevar de nuevo a mí mismo y consumir. (453)

Los impulsos de consumo del egoísmo liberado no dejan nada sacrosanto. En palabras de Stirner, «no existe ni siquiera una verdad, ni derecho, ni libertad, ni humanidad, etc., que tenga estabilidad ante mí, y a la que yo me someta. Son palabras, nada más que palabras» (463). Y concluye:

Yo soy el dueño de mi poder, y lo soy cuando me conozco como único. En el único, el dueño mismo vuelve a su nada creadora, de la que ha nacido.

Toda esencia superior a mí, sea Dios, sea humana, debilita el sentimiento de mi unicidad, y palidece ante el

sol de esta conciencia. Si me preocupo de mí mismo, del único, entonces mi preocupación descansa en su creador transitorio y mortal, que se consume a sí mismo, y puedo decir: he puesto mi asunto en la nada. (490)

El compromiso del anarquismo ruso con las dimensiones psicológicas de la teoría de Stirner apenas ha sido documentado, y los hilos históricos y teóricos son demasiado complejos para recapitularlos aquí<sup>12</sup>. Por ahora bastará con señalar que, durante la última puja del movimiento por el poder en marzo de 1921, los rebeldes de Kronstadt publicaron dos declaraciones, «Por qué luchamos» y «El socialismo entre comillas», protestando no sólo contra la opresión política y económica, sino también contra «la servidumbre moral que los comunistas han inaugurado», ya que «han puesto sus manos también en el mundo interior de los trabajadores, obligándoles a pensar al modo comunista»<sup>13</sup>.

Mientras el poder del Estado crecía, la vida del ciudadano se volvió desesperadamente monótona y rutinaria. En lugar del libre desarrollo de la personalidad individual y de una vida laboral libre, surgió una esclavitud extraordinaria y sin precedentes... Tal es el brillante reino

---

12 Análisis de las dimensiones artísticas de esta cuestión en *Art and Anarchy: From the Paris Commune to the Fall of the Berlin Wall* (Vancouver: Arsenal Pulp Press, 2007).

13 «Por qué luchamos» (8 de marzo de 1921) en Avrich, *Kronstadt 1921*, 241.

del socialismo al que nos ha llevado la dictadura del Partido Comunista<sup>14</sup>.

La subjetividad anarquista era una amenaza para el régimen porque la libertad era, y es, su esencia.

En conclusión, la historia de la Revolución Rusa deja muy claro que el anarquismo «clásico» tiene una teoría positiva del poder, y no sólo eso, sino que ofrece una base alternativa para teorizar las condiciones sociales de la libertad y una comprensión crítica del poder y la liberación como algo perpetuamente mezclado e inscrito en un proceso de auto-interrogación y auto-superación que es pluralista, individualista, materialista y social.

Tal y como están las cosas, el continuo refrito de las caracterizaciones espurias de May en un intento de teorizar «más allá» del anarquismo no ha hecho más que establecer un falso adjetivo de Dios, el postestructuralismo, al precio de silenciar al sujeto ostensivo.

---

14 «El socialismo entre comillas» (16 de marzo de 1921) en Avrich, Kronstadt 1921, 245.

## Obras citadas

- Antliff, Allan. *Anarchist Modernism: Art, Politics and the First American Avant-Garde*. Chicago: University of Chicago Press, 2001.
- Avrich, Paul, ed. *The Anarchists in the Russian Revolution*. Ithaca: Cornell University Paperbacks, 1973.
- *The Russian Anarchists*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1967.
- Bakunin, Michael. *The Political Philosophy of Bakunin*, ed. G.P. Maximoff. New York: The Free Press, 1953.
- Callinicos, Alex. *Against Postmodernism: A Marxist Critique*. London: St. Martin's Press, 1990.
- Engels, Frederick, Karl Marx, and Vladimir Illich Lenin, *Anarchism and Anarcho-Syndicalism*. Moscow: Progress Publishers, 1972.

Goldman, Emma. "Anarchism: What it Really Stands For," in *Anarchism and Other Essays*, intro by Richard Drinnon. New York: Dover Press, 1969.

Gordinii, Brat'ia. *Manifest Pananarckhistov* (Moscow: 1918). Cited in Avrich, *The Russian Anarchists*, 177–78.

Kropotkin, Peter. *Kropotkin's Revolutionary Pamphlets: A Collection of Writings*, ed. Roger N. Baldwin. New York: Dover, 1970.

Lenin, Vladimir Illich. "The Immediate Tasks of the Soviet Government (Pravda, April 28, 1918), in Engels, Marx and Lenin, *Anarchism and Anarcho-Syndicalism*.

– "Preliminary Draft Resolution of the Tenth Congress of the R.C.P. on the Syndicalist and Anarchist Deviation in Our Party" (1921) in Engels, Marx and Lenin, *Anarchism and Anarcho-Syndicalism*.

May, Todd. *The Political Philosophy of Poststructuralist Anarchism*. University Park, PA: Pennsylvania State University Press, 1994.

Moore, John and Spencer Sunshine, eds. *I am not a Man, I am Dynamite!: Nietzsche and the Anarchist Tradition*. New York: Autonomedia, 2005.

Newman, Saul. "Anarchism and the Politics of Resentment," in Moore and Sunshine.

Purkis, Jonathan. "Towards an Anarchist Sociology," in *Changing Anarchism: Anarchist Theory and Practice in a Global Age*,

ed. Jonathan Purkis and James Bowen. Manchester: Manchester University Press, 2004.

Stirner, Max. *The Ego and Its Own*. Trans. Steven T. Byington, intro by J.L. Walker. London: A.C. Fifield, 1915.



## ACERCA DEL AUTOR

Allan W. Antliff es un activista anarquista, crítico de arte, autor y miembro fundador de la Toronto Anarchist Free School (ahora Anarchist U) que ha escrito extensamente sobre temas de anarquismo y arte en América del Norte desde la década de 1980

Allan comenzó su nombramiento como catedrático de investigación de Canadá en la Universidad de Victoria en 2003. Ha impartido cursos sobre activismo y arte; estética anarquista; constructivismo ruso; Dadá de Nueva York y una serie de otros temas relacionados con el modernismo y el arte contemporáneo. Además de su trabajo de historia del arte, es Director del Archivo Anarquista de la U. Vic., donde participa en las adquisiciones de archivos y en el desarrollo del Centro de Digitalización del Archivo

y del Archivo Virtual en línea. Allan es editor de arte de la revista interdisciplinaria *Anarchist Studies* y editor de *Anarchist Developments in Cultural Studies*.

Es autor de tres libros y es editor de *Only a Beginning*, una antología del movimiento anarquista en Canadá. Activo como teórico e historiador del arte, ha escrito sobre una amplia gama de temas, entre ellos la pedagogía; postestructuralismo; nuevos medios de comunicación; teatro; movimientos de protesta y estética. En su faceta de crítico de arte, ha publicado numerosas reseñas de arte y artículos destacados en revistas como *SubStance*, *Canadian Art Magazine*, *C Magazine* y *BlackFlash*. También ha contribuido a catálogos de exposiciones para el Musée Du Luxemburg, el Whitney Museum of Art, la Vancouver Art Gallery y otras instituciones. Allan ha producido dos programas para CBC Radio (*Guernica: A Political Odyssey*, 2007 y *Anarchy, Art and Activism*, 2002).